

## LOS LIBROS

LA HERENCIA MORAL DE LA FILOSOFÍA GRIEGA, por *Enrique Molina*.—Ediciones Atenea. Santiago de Chile.

En esta edad de crudo materialismo, contra el cual mucho se declama y poco se reacciona, es un acontecimiento singularmente dichoso la publicación de un libro de índole moral, llamado a estimular las más nobles tendencias del alma, a fortalecer el carácter, a abrir el camino al difícil conocimiento y dominio de sí mismo, a enseñar al hombre como domesticar la fiera que rebulle en su interior, a conferirle en la serenidad inalterable de su conciencia un oasis de paz contra las tempestades de afuera.

En el curso de la obra hace el autor muchas consideraciones encaminadas a demostrar la utilidad de la filosofía para el hombre y la sociedad. Lamenta que aquél se afane exclusivamente en la adquisición de bienes materiales y descuide el perfeccionamiento espiritual, que es una conquista inmarcesible, que en su empeño por acrecentar su patrimonio olvide cultivar su alma, que se ocupe de tener y no de ser.

El señor Molina demuestra que el materialismo imperante es la causa principal del malestar que se observa en los individuos y en las naciones. El ser materialista es de naturaleza baja y primitiva. En él prevalecen los apetitos primarios sobre las aspiraciones superiores. Sus instintos y deseos están dispuestos en el mismo orden en que han ido apareciendo en la naturaleza: el hambre y la sed, nobles instintos cuando se limitan a satisfa-

cer necesidades fundamentales, han degenerado en la glotonería y el alcoholismo; el instinto genésico se ha extraviado en delecciones y perversiones sensuales; la juiciosa previsión de las necesidades futuras, noble instinto que podemos observar en muchos animales, se ha convertido en el afán de lucro, acaparamiento y avaricia. Esta hipertrofia, este florecimiento monstruoso de los apetitos animales que vemos en el materialista, en sus diferentes variedades de voluptuoso, sibarita, comedor, bebedor, perezoso, etc. determinan su naturaleza egoísta y cruel. Como sus placeres consisten únicamente en sensaciones, el mundo principia y termina para él en sus sentidos y es egoísta. Como ha dejado crecer sin control sus necesidades y no ha adquirido aptitudes para satisfacerlas y su sensibilidad no sobresale de su piel, para darse gusto no le importa robar y matar, en la forma solapada que estos crímenes adoptan en la vida civilizada, hambreado a los demás por medio de la especulación, el atesoramiento, la explotación del trabajo, etc.

Pero el materialista, aunque nade en la abundancia y se encuentre ahito de comodidades, lujos y placeres, aunque viva ahogado en el seno de sus bajos deleites, no es feliz, porque su alma es pequeña, descontentadiza y envidiosa. Además, al vivir encharcado en la concupiscencia, traiciona las posibilidades de mejoramiento intelectual y espiritual que en él yacen en germen, y a la plenitud de esa vida espiritual se encamina la especie en forma lenta y segura, a pesar de todos los retrocesos y extravíos. Una sociedad en que impera el materialismo vive destrozándose en un carnaval de apetitos desenfrenados. Este desorden y malestar social, esta lucha cruel que existe en el seno de cada país, lleva por fin a las guerras entre naciones, porque el conglomerado tiene los mismos caracteres de los individuos que lo componen y a individuos egoístas y crueles corresponden naciones crueles y egoístas.

El estudio de la filosofía y principalmente la formación de un carácter filosófico traen consigo la moderación y orden en

las costumbres, la frugalidad en la bebida y la comida, el equilibrio entre las aspiraciones y las posibilidades, el raro conocimiento y el arduo dominio de sí mismo. Se adquiere la convicción de que en el plan del Universo el dolor y los obstáculos son etapas necesarias en el camino de la superación. El hombre aprende a gobernarse por la reflexión serena y no por impulsos instintivos o pasionales. La templanza, la sobriedad, la multiplicación de las aptitudes y reducción de las necesidades hacen al hombre confiado, sereno y generoso. Al deleite individual y egoísta suceden el altruísmo y la convicción de la solidaridad de los destinos humanos. El hombre comprende que no puede realizar un gran adelanto individual si no va acompañado de un progreso colectivo, pues nada perdura si no está de acuerdo con el ambiente. El hombre puede levantar la cabeza, pero sólo un poco, sobre la multitud. Las altas cumbres surgen en los macizos de montañas. El ciudadano impregnado de espíritu filosófico, en quien la cultura no está sólo en la memoria sino que se ha hecho sangre y norma de vida, deja de ser un elemento anárquico y antisocial y es un factor de paz y progreso. Es un error creer que el filósofo es un soñador abstraído en vagas especulaciones metafísicas, un contemplativo incapaz de toda actividad práctica. Baste recordar que la filosofía ha ejercido todos las funciones y oficios útiles en la sociedad. Ha sido comerciante, carpintero y esclavo con Tales, Epicuro y Epicteto. Colaboró en el gobierno con Aristóteles, Bacon, Goethe. Gobernó al mundo desde el Imperio con Trajano. Y siempre fué modelo de actividad, corrección y eficacia. Los pueblos serán felices cuando estén gobernados por filósofos y estén impregnados de su espíritu, aseguró Platón. Aun no se realiza esta noble utopía, pero no hay que olvidar que las utopías van penetrando lentamente a la conciencia y serán realidades mañana. El sueño es la realidad futura, ha dicho bellamente uno de nuestros grandes poetas.

Es evidente que las guerras y revoluciones son en gran par-

te crisis provocadas por la exasperación del materialismo, y para vivir una era de paz, tranquilidad, de trabajo moderado, fecundo y dichoso, de solidaridad y fraternidad, de un equitativo y armónico usufructo de los bienes del mundo, es necesario que la humanidad haga prevalecer el espíritu sobre la materia, deje primar a la razón sobre los sentidos y los instintos. «Todos debemos pasar por el fuego de una honrada depuración propia, antes de acometer la depuración de los demás. Vengan en buena hora las reformas de la sociedad, reformas sociales propiamente dichas, económicas y políticas, pero si ellas no conducen al perfeccionamiento del individuo, quedarán en meras decoraciones teatrales, que sólo han servido a los políticos de profesión para ocultar su ambición y representar la comedia del progreso».

Tales son algunos de los motivos que en la amable compañía de los filósofos griegos, expone don Enrique Molina para encender en nuestras almas el culto por la filosofía.

Sin énfasis en el estilo ni en el pensamiento, con naturalidad y sencillez ejemplares, con esa modestia y buen tono del que está familiarizado con la cultura y las disciplinas intelectuales, nuestro autor nos lleva de la mano a través del laberinto del pensamiento griego, desde los remotos y fabulosos poemas homéricos hasta la austera claridad de la visión estoica de la naturaleza. Nada más dramático y emocionante que ver cómo el pensamiento humano se ha ido abriendo camino en las tinieblas.

No cabe en los límites de este pequeño trabajo un resumen de las numerosas teorías que Demócrito, Pitágoras, Sócrates, Platón, Aristóteles, Epicuro, Epicteto formularon sobre el origen y evolución del Universo, sobre el misterio de la vida y de la muerte, sobre el conocimiento, la conciencia, el bien, la belleza, la justicia, el orden y la libertad, y sobre todos los trascendentales problemas que vienen preocupando al hombre desde el alba de la civilización. Baste constatar que las creaciones de la imaginación precedieron siempre a los análisis y síntesis

de la razón; que en la infancia del mundo la poesía pobló a la naturaleza inexplorada de fantasmas bellos y terribles, que luego la filosofía sondeó el misterio y trató de coordinar la inmensidad de las cosas y los hechos, ordenando los fenómenos en teorías más o menos afortunadas; que después de las hipótesis de la filosofía vinieron las comprobaciones experimentales de las ciencias, hasta que ésta pudo formular leyes y principios seguros y entregar el terreno conquistado al arte y la técnica.

Don Enrique Molina eligió la parte más noble y la más necesaria, en esta época, de la filosofía, la ética o moral, el estudio de la conducta ideal. «El más alto conocimiento, dice Sócrates, es el del bien y el mal, el conocimiento de la sabiduría de la vida».

En esta edad de creciente escepticismo, la religión no puede ya proporcionar un freno para los desbordamientos de la sensualidad. Por otra parte, la aplicación de los portentosos adelantos científicos a la técnica industrial, ha complicado enormemente la vida, despertando en el hombre un anhelo febril de poseer por cualquier medio las comodidades y riquezas que pasan en carrera vertiginosa ante sus ojos absortos. Estos factores principales y otros secundarios han provocado una profunda depresión moral, crisis que entre nosotros se agrava por la intervención de factores étnicos. En tan afligida situación es indispensable extraer de la filosofía y de la ciencia una moral, una norma de conducta fundada en los dictados de la razón y el sentimiento.

Don Enrique Molina, por su claridad y agilidad de pensamiento, por su vasta cultura, por su nobleza de intenciones, estaba singularmente indicado para la tarea que se propuso y que llevó a cabo felizmente, con amor y entusiasmo. Es justo celebrar cordialmente al hombre y a la obra.—DAVID PERRY.